

Huerta Ramón, R. (2021).

Cementerios para educar.

Madrid, McGraw-Hill, 236 pp.

Desde la premisa de que los contextos proporcionan situaciones de aprendizaje muy valiosas, el libro *Cementerios para educar*, del Catedrático de Educación Artística de la Universidad de Valencia Ricard Huerta, indaga sobre el aprendizaje en espacios relacionados con la pérdida y el olvido desde una visión positiva que surge de la experiencia. Es en ese contexto en donde el autor nos introduce hábilmente en las posibilidades que los cementerios poseen, como lugares del recuerdo, para adentrarnos en la memoria y en los sentimientos. Los cementerios, como tales, representan realidades vinculadas a la muerte, al recuerdo y a la memoria, pero, al mismo tiempo, representan esquemas estructurales muy similares a los de las sociedades que los han creado a lo largo del tiempo.

El libro se organiza en siete capítulos, en los que el autor identifica y expone las distintas facetas de la relación con las que, desde las “Pedagogías del recuerdo” – título del primer capítulo – se puede afrontar la visión de la percepción y la posterior creación artística. Así, transitamos por capítulos como: “Crear una educación desde la memoria”, “Observar y comunicar la imagen del camposanto” o “El cementerio como entorno patrimonial”, en los que se aborda el cementerio como instrumento para el reencuentro con el presente, un lugar que incita a la reflexión y dota de mecanismos particulares para abordar el futuro. Se enfatiza el valor del espacio y sus elementos configuradores, y se muestra cómo el cementerio, desde ese reencuentro, propicia la indagación estética a través de la meditación, ya que, al traer recuerdos al presente, aflora el aspecto sensible del sentimiento profundo, y “obliga a renovar constantemente el suplicio de dejarse llevar por el olvido”.

En el libro se nos habla de las decisiones en torno a la señalética urbana que las instituciones toman, que se ven reflejadas también en los cementerios, y de las aportaciones personales que alteran esa realidad paisajística con elementos surgidos de los sentimientos propios y de sus relaciones con los difuntos. Aquí, Huerta nos habla del alto valor expresivo que pueden contener los textos de las lápidas: pueden presentar una gran riqueza visual derivada del ritmo y la repetición, de la que se pueden extraer estilismos compositivos surgidos de las diferentes épocas y de las tradiciones estéticas de cada momento.

El autor desarrolla una argumentación sobre la carga estética, la riqueza visual y la peculiar significación de los aspectos gráficos y técnicos de la escritura, ya que

considera que el cementerio no es ajeno a las corrientes de difusión cultural. Se utiliza el texto como imagen y sustituto del personaje representado, de manera que actúa como un verdadero anclaje de identidad que pertenece al terreno de lo verbal, pero que, al ser esculpido sobre piedra, renueva el valor de lo escrito como imagen.

A partir del quinto capítulo, la lectura nos adentra en el aspecto educativo. El autor muestra cómo surgen los interrogantes cuando un contexto tan especial actúa como revulsivo educativo de experimentación, y aborda la actividad creativa individual desde el cementerio –entorno altamente simbólico– hacia el espacio vital en el que se desarrollan los estudiantes. En este plano de experimentación, la memoria colectiva puede potenciar la indagación en la memoria histórica, rememorando lo ocurrido a través de lo que nos cuentan las lápidas, viajando del presente hacia el pasado y volviendo al presente, ejercitando así la reflexión sobre la experiencia. Se visualiza el cementerio como proveedor de semióticas con cargas sintácticas, semánticas y también pragmáticas. A través del ejercicio de la mirada crítica y la experiencia de observación analítica, surgen escenarios de aprendizaje vinculados con la memoria y el recuerdo que rompen con la enseñanza monótona y se impregnan de aspectos culturales tradicionalmente ausentes, como son la muerte y la memoria subyacente. El cementerio se convierte así en un artefacto pedagógico que se aborda desde el diálogo entre lo contextual y lo personal a través de la acción performativa en el espacio patrimonial. En este contexto, Huerta incide en el factor tiempo y en su importancia para la observación y el análisis, que se convierte en “una necesidad y también en placer”.

Partiendo de una extensa base argumental, el autor propone una forma de abordar la enseñanza: aporta una guía de actuación para la preparación de la visita al cementerio, así como una intervención estructurada. Plantea la importancia de romper los tabúes y los prejuicios sobre la muerte, facilitando la interpretación desde una metodología determinada, con recomendaciones basadas en su experiencia como docente, tanto sobre la actividad del profesor, como sobre la del estudiante, en donde el cementerio asume una carga afectiva que despierta el imaginario personal.

Caminar, observar, ver, leer, disfrutar, entender, relacionar, utilizar, recoger, transmitir, son acciones que este nuevo libro propugna como base pedagógica para el aprendizaje crítico y experiencial, tan importante para una visión artística y pedagógica del desarrollo como personas.

Alfredo José Ramón Verdú
Universidad de Murcia